



co canales más importantes de televisión en Estados Unidos. Todos se negaron a programarlo. Todos me dieron falsas excusas, menos el director de un canal, quien me confesó: «Nosotros vivimos de la publicidad. No podemos permitirnos el lujo de dar un documental en el que se hable de la participación ilegal de unas compañías, General Motors, Texaco, Dupont, etc., en la guerra de otro país. Perderíamos clientes, y todos esos son buenos clientes. Su film es excelente. Desafortunadamente, ningún canal se atreverá a programarlo. Esta es la realidad».

«Pero, de todos modos, el premio de Leipzig, la atención que le ha prestado la prensa, la acogida en muchas Universidades del país, voy a iniciar una gira por algunas de ellas, para mostrar el documental y dar conferencias... me hace creer que, al fin, el documental se abrirá camino. De hecho, unos senadores y miembros del Congreso han oído hablar del documental y quieren verlo. Esto supone que podría influir en la opinión del Senado y del Congreso. No olvidemos que están deliberando sobre un nuevo tratado. Además, los Estados Unidos parecen estar listos para iniciar una revisión de su política exterior.

«En fin, aunque tengo dificultades en difundir mi historia, tengo motivos para sentirme optimista.

F. C.—Camblando un poco de tema, ¿le resultó complicado alistarse en las Brigadas Internacionales y llegar a España?

A. O.—En efecto. Existía el Neutrality Act de la que le he hablado antes, y estaba prohibido incluso viajar por España. Solamente se permitía mandar medicamentos y alimentos. De ello se encargaba un Spanish Aid Committee. Y el tal Comité, a la vez, se encargaba de infiltrar voluntarios a España. Tenía contactos con unas organizaciones clandestinas en París. Allí fui yo. Se me condujo a Marsella. De Marsella, en barco, hasta la costa, cerca de Barcelona. Pero no se podía atracar en puerto alguno. Tuve que nadar unos cuatro kilómetros, hasta Malgrat.

F. C.—Y luego...

A. O.—Luego, Barcelona. Fui destinado a Tarazona de la Mancha, a un campo de instrucción. Me encontré con otros muchos americanos. Las Brigadas Internacionales estaban divididas en cinco Brigadas, según la lengua de los voluntarios. La Brigada Abraham Lincoln, a la que fui destinado, estaba integrada por americanos, canadienses, australianos e ingleses.

F. C.—Sobre su participación activa en la guerra...

A. O.—A las dos semanas de

instrucción, nos trasladaron al frente de Madrid, en verano de 1937. Luché en Brunete. Poco después, en el frente de Aragón, en Quinto y Belchite, en donde fui herido. Quise trasladarme a Fuentes de Ebro, pero el Ejército de la República, al ver que estaba herido, me «arrestó» y me mandó a Valencia. Una vez curado, estuve en Tarazona de la Mancha, haciendo de instructor de nuevos voluntarios. En el verano del treinta y ocho, abandoné España, poco antes de caer Vinaroz, quedando incomunicados Valencia y Barcelona.

«Quisiera añadir que mi participación en la guerra se debió porque entendí, para muchos estaba entonces claro, que luego ha demostrado la Historia y todos admiten, que no se trataba sólo de una guerra civil, sino de la preparación para algo mayor. Como comprendimos muchos, se acababa de empezar la segunda guerra mundial, en mil novecientos treinta y seis, en España.

F. C.—¿Le llevó a España también algún otro motivo, digamos de tipo emocional?

A. O.—En absoluto. Yo soy judío y España era para mí un país enemigo, un país que había expulsado hacía siglos a gentes de mi raza. Más bien, pues, tenía prejuicios. Fui, esencialmente, porque era una oportunidad de luchar contra el fascismo, de luchar por unos ideales en que creía firmemente. Por las mismas razones luché en la segunda guerra mundial. De todas maneras, el contacto con los españoles me reveló un mundo sin comparación, único. Empecé a sentir por España algo indescriptible... cómo expresarlo, algo como lo que se siente cuando uno se enamora por vez primera.

F. C.—¿Cómo se definiría, si me permite la pregunta, políticamente?

A. O.—Con mucho gusto le contestaré. Dudo de la perfección de cualquier sistema político. Creo en la libertad del hombre y cualquier sistema que ataque o ponga en peligro ese derecho es enemigo mío. La libertad no es ni un lugar ni un estado de ser, es un camino, un camino que no tiene fin. Se está andando en él o se está fuera de él. No hay más. La libertad es una forma de vida; ese es mi credo.

Me prepara un taza de café. Charlamos sobre cómo fueron confiscados en España unos rollos de la película. Que sus ayudantes, el «cameraman» y el encargado del sonido fueron expulsados del país... Antes de despedirnos saca un librito de poemas de Antonio Machado y, a propósito de mi última pregunta, me lee estos versos de don Antonio:

**Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar. ■**